

DE LA GRAN DEPRESIÓN A UNA NUEVA CRISIS ECONÓMICA

La crisis del 29 y las lecciones no aprendidas

Un panorama socio-económico de la vida en Estados Unidos
en la década de los veinte desde una perspectiva cíclica

Diego Guevara Castañeda
Fernando Peña Ramírez¹

Introducción

Uno de los principales dominios de la economía es el estudio de las variaciones de la actividad económica. Es en este punto donde aparecen las teorías sobre los ciclos económicos que intentan explicar el comportamiento histórico de la economía capitalista mediante tendencias cíclicas asociadas a periodos de expansión y *boom* (punto máximo de las fluctuaciones económicas) y periodos posteriores de

contracción y recesión. Las distintas teorías toman distancia en cuanto al nivel de intervención del Estado en las economías y el papel de estos ante periodos recesivos.

De acuerdo con esta perspectiva cíclica, se realizará una aproximación a los hechos

¹ Candidatos a Magíster en Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Colombia.



y procesos que marcaron las épocas de expansión (etapas positivas del ciclo económico) y contracción (etapas negativas del ciclo) de una de las crisis más notables del capitalismo en los últimos cien años, el conocido crack del 29, para ello, se describirá, en primer lugar, las condiciones socio-económicas del pueblo estadounidense durante la etapa de esplendor previa a la crisis, asociada a un periodo creciente del ciclo económico, posteriormente, las características de la vida en los Estados Unidos durante la etapa de contracción del ciclo, asociada a la gran depresión y, finalmente, se concluirá con una discusión sobre las lecciones de la crisis.

Los felices años veinte, una década promisoría de expansión en el ciclo

Desde la revolución industrial y, en particular, durante el periodo 1850-1870, la economía se caracterizó por una prosperidad económica sin precedentes, aunque acompañada de altos índices de desigualdad social. Posteriormente se sucedieron décadas de incertidumbre económica y un periodo de gran expansión económica mundial, antes de que se divisara la gran crisis del 29².

Durante la segunda década del siglo XX, la primera guerra mundial se constituyó en el acontecimiento de mayor impacto en el panorama global. Pese a ello, los Estados Unidos no se vieron realmente afectados por las consecuencias de destrucción económica, física y emocional que esta trajo, dado que

Para esa época, la economía estadounidense ya era la más poderosa del mundo y su producto representaba un tercio de la producción mundial, un poco menos que la producción conjunta de Alemania, Gran Bretaña y Francia.

su participación en la guerra nunca comprometió a su territorio de manera directa, por lo que dichas secuelas sólo fueron sentidas en los países del viejo mundo que participaron en el conflicto. Estas circunstancias abrieron una gran brecha entre la economía estadounidense y la del resto del mundo, generando condiciones de desarrollo y crecimiento desiguales. La economía estadounidense, luego de la guerra, se hizo cada vez más autosuficiente y las demás economías del mundo más dependientes de ésta.

Para esa época, la economía estadounidense ya era la más poderosa del mundo y su producto representaba un tercio de la producción mundial, un poco menos que la producción conjunta de Alemania, Gran Bretaña y Francia³. Antes de la crisis, la tendencia creciente de la economía de Estados Unidos continuó y alcanzó a representar cerca del 42% de la producción mundial frente al 28% de la producción conjunta de las tres grandes potencias europeas. Esta situación privilegiada, encuentra su explicación no sólo en que el desarrollo de la guerra se hubiese dado por fuera de su territorio sino en que las condiciones económicas de los países europeos, luego del conflicto, vieran comprometidas sus inversiones, principalmente las que habían efectuado en Estados Unidos.

2 Hobsbawn, E. Historia del siglo XX, Crítica, Barcelona, 2007, p. 100.

3 Ibid, p. 103.





La primera guerra mundial terminó en 1919 con la firma del Tratado de Versalles, donde Alemania reconoce su derrota y se acoge a las estrictas cláusulas militares y económicas fijadas en el acuerdo. Éstas cláusulas incluían la entrega de material de guerra, así como la prohibición para fabricarlo, además desde el punto de vista económico, la comprometía a entregar a los Aliados una parte importante de su producción química, farmacéutica, ganadera y carbonífera durante 5 años. En virtud de este nuevo panorama, Estados Unidos, que era un país deudor antes de la guerra, pasó a ser el mayor acreedor del mundo y, como si fuera poco, el segundo importador después de Gran Bretaña⁴.

De esta manera, Estados Unidos se convierte en un país económicamente independiente del resto del mundo, dado que sus necesidades de importación de capital, mano de obra y mercancías progresivamente empezaron a reducirse⁵. Por otra parte, el panorama democrático toma un rumbo favorable con la aprobación en agosto de 1920 del sufragio femenino, donde más de 30 millones de mujeres estadounidenses en edad de votar adquirirían un nuevo estatus político⁶. Desde el punto de vista industrial el ícono del desarrollo fue el automóvil, puesto que el uso de la técnica en la transformación productiva

se hizo realidad con la tendencia a la producción en cadena en el sector automotriz (fordismo), alcanzando crecimientos superiores al 30%. Este proceso fue consistente con el consumo de automóviles en este periodo; antes de los años veinte, una de cada tres familias poseía automóvil y, para finales de la década, cuatro de cada cinco tenían vehículo propio. Además el automóvil no fue exclusivamente un elemento transformador de la vida citadina, también jugó un rol determinante en la tecnificación de las labores agrícolas mediante la masificación de la producción del tractor⁷.

El éxito de la línea de producción en cadena en la industria automotora produjo que esta técnica se extendiera a otros sectores como el de alimentos, el químico y el siderúrgico. Esta expansión de la producción en masa involucró un gran número de personas en la manufactura, mantenimiento y ventas, generando un aumento notable en el empleo

4 Ibid, p. 104.

5 Ibid, p. 106.

6 Kyvig, David. "Daily life in the United States, 1920-1939: decades of promise and pain", Greenwood Press, 2002, p. 2.

7 Ibid pág. 20.



y un modelo consolidado entre producción y consumo que marcaba los ideales de una vida satisfactoria.

Este panorama económico, productivo y de consumo produjo un ambiente optimista que generó una gran concentración empresarial en los Estados Unidos⁸, lo cual, llevaría a que este país fuera denominado en su momento como la gran locomotora de la economía mundial, así como a denominar la década que vio construir su liderazgo económico, a través de la frase: “los felices años veinte”. De esta manera, los Estados Unidos se presentaban por esos días, como el lugar ideal para quienes buscaban nuevas oportunidades, inspirados en la popular imagen del “*american way of life*”, un estilo de vida que estaba asociado con el disfrute de libertades públicas, con un espíritu basado en la capacidad de consumir, impulsado por mecanismos como las ventas a plazos y las facilidades crediticias para la adquisición de bienes de uso individual y familiar como electrodomésticos, radios y teléfonos.

Precisamente, la expansión del suministro de energía en los Estados Unidos, creció de tal manera, que para el primer lustro de los años veinte, muy pocos residentes de las grandes urbes carecían del servicio en sus viviendas. Este hecho fue consecuente con la masificación y diversificación de electrodomésticos, fenómeno que cambió muchos paradigmas de los hogares, como el de las empleadas domésticas, cuyo empleo disminuyó notablemente por la facilidad que ofrecían los nuevos artículos para realizar las



tareas de cocina y limpieza en el hogar por cuenta propia.

Este crecimiento del servicio de la energía eléctrica, junto con las condiciones económicas del entorno, dieron espacio para que la industria del entretenimiento se consolidara, especialmente el sector cinematográfico que con “la adición de sonido a las películas transformó la experiencia de ir al cine y llegaron a venderse 95 millones de boletas cada semana a finales de la década”⁹.

Tal vez el único hecho que parecía no estar acorde con estos días de bonanza y libertad, era la restricción que imperó sobre la distribución y el consumo de bebidas alcohólicas entre 1920 y 1933; sin embargo, esto no sería un obstáculo para la prosperidad de un periodo que estandarizó la vida diaria, introdujo una cultura de masas y asoció la calidad de vida a altos niveles de consumo y de acumulación. Es este escenario, con tintes esperanzadores y, caracterizado por la reanimación y renovación de las actividades económicas,

8 Charles, E. P. “Credit Expansion, 1920 to 1929, and its Lessons.” En: *The Quarterly Journal of Economics*, Vol. 45, No. 1 (Nov., 1930), pp. 94-130

9 Kyvig, David. *Op Cit*, p. 77.



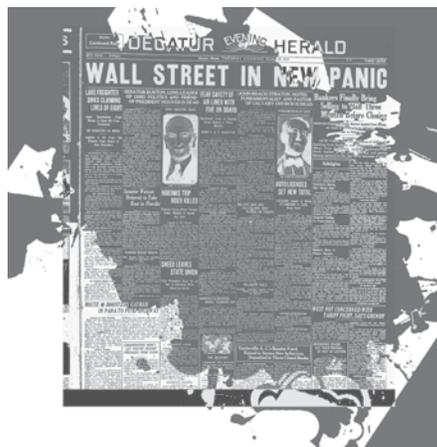
el que fortalece la inversión, la producción, el empleo y las ventas, contribuyendo así a la configuración de una tendencia cíclica de carácter expansiva en la economía estadounidense.

Un escenario mejor no podía vislumbrarse, tanto así que Herbert Hoover, quien sería el presidente de Estados Unidos durante la crisis, planteaba en su discurso de campaña en 1928, que en “América estamos hoy más cercanos a la victoria final sobre la pobreza de lo que ningún otro país en la historia haya estado¹⁰”. Estas palabras, impregnadas por la euforia colectiva del optimista pueblo estadounidense, desconocían las consecuencias de las dinámicas económicas de expansión de crédito y sobreproducción que marcaron este periodo. Hoover se equivocaba en su apreciación como lo mostraría la gran crisis del 29, e incluso, tal como lo demuestra el presente de los Estados Unidos con un nivel oficial de pobreza que ha crecido del 12.5% en 2007 al 13.2% en 2008¹¹.

Del crack del 29 y la fase de contracción del ciclo

Ante un panorama alentador y prospero como el descrito anteriormente, tal vez muy pocos ciudadanos o gobernantes sospecharon que unos años adelante estarían ante la más grande crisis económica nunca antes vista, o al menos, así se podía entrever en las declaraciones de uno de los más influyentes banqueros de la época, Charles E. Mitchel, que en una declaración de prensa del 15 de Octubre de 1929 señalaba:

en la actualidad los mercados se encuentran en una situación inmejorable, el precio de los valores se asienta sobre las sólidas bases de la prosperidad general de nuestro país¹².



O las declaraciones que en el mismo sentido hacía el profesor Irvin Fisher, prestigioso economista estadounidense, ante un periodista, el mismo 15 de octubre:

Dentro de unos meses espero ver al mercado de valores bastante más alto de lo que está hoy¹³.

La economía estadounidense había alcanzado niveles sorprendentes de crecimiento, la calidad de vida había mejorado y la sociedad se había transformado y estandarizado gracias al cambio tecnológico. Sin embargo, toda esta dinámica se había basado en la expansión del crédito apoyada en una política de bajas tasas de interés por parte de la Reserva Federal y, presionada por el sector del comercio y la industria. Tal como lo planteó el reconocido economista austriaco Von Mi-

10 Hooper H. *The New Day: Campaign Speeches of Herbert Hoover, 1928* (Palo Alto, CA: Stanford University Press, 1928), pp. 149-76.

11 U.S. Census Bureau. *Income, Poverty and Health Insurance Coverage in the United States 2008*, p. 14.

12 Galbraith, J. K., *El crack del 29*, Ariel, Barcelona, 1993, p. 135.

13 *Ibid*, p. 121.



En otras palabras, un exceso de crédito produce abundancia de dinero en el entorno, entonces el precio de los bienes tiende a subir (inflación) generando ganancias anormales y fenómenos de burbujas de precios, que cuando estallan conducen de forma definitiva e irreversible a la crisis.

ses, estas políticas de expansión crediticia, inicialmente dan resultados positivos y traen una reactivación de los negocios, sin embargo, el “boom” generado por estas medidas tarde o temprano llega a su fin, y se pone de manifiesto que el ciclo de expansión estuvo estructurado sobre arena¹⁴.

En otras palabras, un exceso de crédito produce abundancia de dinero en el entorno, entonces el precio de los bienes tiende a subir (inflación) generando ganancias anormales y fenómenos de burbujas de precios, que cuando estallan conducen de forma definitiva e irreversible a la crisis. Así entonces, la economía estadounidense pasó de un estado próspero, a uno donde su Producto Interno Bruto, la inversión privada, la producción industrial y los precios se vienen a pique, condiciones propias de una etapa de contracción del ciclo.

Era la primera crisis que ponía al capitalismo ante una encrucijada que comprometía

la estabilidad global del sistema. Lo ponía ante un panorama tan ensombrecido, que las circunstancias parecían avalar las ideas de la crítica marxista de las contradicciones entrañadas en el seno del capitalismo, contradicciones, que según Marx, harían inútil cualquier esfuerzo del capitalismo para subsanar estos males.¹⁵

Es claro que tanto el gobierno estadounidense como los inversionistas no eran inexpertos enfrentándose a una crisis económica, ya habían experimentado épocas de profundas crisis, de hecho la del 29 ocurría en un ambiente de fluctuaciones de la economía. Precisamente, en el otoño de aquel jueves negro, la bolsa de New York cumplía algo más de 110 años de existencia y para entonces había pasado ya por varias dificultades, como las ocurridas en septiembre del 1873, cuando quebraron cerca de 60 entidades inscritas en la bolsa o, como la del otoño de 1907, cuando las tasas de interés de los préstamos para las operaciones a plazo, llamadas Call loans, alcanzaron niveles del 125%, incluso durante el primer año de la década de los años 20, un atentado con una bomba en sus instalaciones, produjo el caos que se reflejó luego con la caída del mercado bursátil¹⁶, por ello, en principio era común encontrar una actitud de indiferencia ante la crisis, pues algunos la consideraban como cualquier otra vivida antes.

Durante los meses siguientes a la caída de la bolsa, el panorama no podía ser más atroz y, la indiferencia se había transformando con rapidez en pánico incontrolable. La prensa se dedicaba a presentar los acontecimientos ocurridos en el centro de New York, desde las quiebras de sólidos y tradicionales emporios, hasta los cotidianos suicidios de especuladores que se arrojaban de las ventanas ante el fracaso de sus inversiones. Se-

14 Mises, L. V., *The Causes of the Economic Crisis and Other Essays Before and after the Great Depression*, Ludwig Von Mises Institute, Auburn, 2006, p. 162.

15 Mises, L. V. *Op Cit*, p. 156.

16 Thomas, G., Morgan, M. *The day the bubble burst*, Plaza & Janes, Barcelona, 1983, p. 96.





gún cifras oficiales, los datos de suicidios por cien mil habitantes pasaron de un promedio de 15 a 20 durante los años de la crisis¹⁷.

La situación no mejoró rápidamente como algunos predecían, los precios de las mercancías seguían en picada; la producción de hierro, acero, carbón y automóviles disminuía, al igual que el volumen del transporte por ferrocarril¹⁸. Ante esta situación, el presidente de los Estados Unidos anunció una reducción de los impuestos, disminuyendo hasta en un tercio el impuesto a la renta, a la vez que realizaba un sinnúmero de reuniones con grandes industriales con la pretensión de devolver la confianza al público¹⁹. En principio esto no fue suficiente y, de esta manera, la crisis desatada en aquel octubre de 1929, convierte en cenizas la fortuna de cientos de miles de estadounidenses.

Millones de inversionistas y especuladores que habían comprado sus acciones a precios muy altos y que finalmente no pudieron venderlas o lo hicieron a precios irrisorios, resultaron arruinados. Asimismo, re-

sultaron insolventes los acreedores de estos, que no pudieron recuperar el dinero prestado para dichas inversiones. Se desmoronó por completo la confianza y el optimismo, llevando a miles de ahorradores a formar avalanchas humanas que, alarmadas por la crisis, insistían en seguir engrosando las filas de los bancos para cerrar sus cuentas de ahorros. 4.300²⁰ bancos tuvieron que cerrar sus puertas durante los cuatro primeros años de la gran depresión, ante la imposibilidad de devolver el dinero a sus ahorradores. La quiebra bancaria también fue motivada porque el sistema financiero estaba constituido por redes en cadenas de préstamos, lo que implicaba que la quiebra de uno significaba la quiebra de un segundo, que era acreedor del primero y así sucesivamente.

En el sector industrial, las consecuencias de la crisis tampoco se hacían esperar: millones de productos fueron almacenados en las fábricas y estas terminaron inevitablemente en la quiebra. Al cerrarse las fábricas y detener la producción, se produjeron altos niveles de desempleo y la vitalidad física comenzaba a constituirse en criterio de selección para los empresarios que lograban mantener sus industrias en pie²¹; entonces los obreros que no gozaban de óptimas condiciones físicas se veían marginados del mercado laboral y, de esta forma, sus niveles de vida eran conducidos a la miseria.

17 Ibid, pp. 155-156

18 Ibid, p. 163.

19 Galbraith, J. K., *El crac del 29*, Ariel, Barcelona, 1993, p. 164.

20 Derek, D. H. *De Versalles a Wall Street, 1919-1929 II*, Folio. Barcelona, 1997, p. 275

21 Ibid, p. 311.



Esta cadena fatal de acontecimientos afectó la economía real del mundo entero, provocando así una caída del 69% en el comercio internacional y cerca de 13 millones de despidos especialmente en Estados Unidos y Europa²². La miseria empezó a reinar en la sociedad de la época; mares de desempleados inundaban los muelles en busca de una oportunidad de trabajo. Cada vez era más común en la sociedad estadounidense de aquellos días, ver batallones de desempleados con sus familias viviendo en la calle y mendigando centavos de dólar para sobrevivir, a estas familias les acuñaron el término de *Hooverbanquets*, termino asociado a los que dormían en las bancas de los parques durante la administración de Hoover. Estas situaciones también generaron separaciones familiares debido a los desalojos, a la imposibilidad de pagar los impuestos y las deudas hipotecarias. Es así como empezaron a aparecer los Hooverville que eran villas de miseria donde se asentaban las personas que se quedaban sin hogar.

Con un desempleo del 44%, en el que una de cada seis familias caía en el desempleo, se erigió así, una sociedad de “nuevos pobres” hijos de la crisis. Los estadounidenses se hundían en situaciones lamentables de supervivencia, con un precario poder adquisitivo que no les permitía a las familias comprar alimentos y pagar las deudas. Era el efecto que la crisis había dejado en el país promisorio: una pobreza creciente y el desamparo de sus ciudadanos.



Reflexiones de la crisis del 29 y las lecciones no aprendidas que se repiten en la crisis actual

Ahora bien, ante este panorama surge por lo menos una pregunta: ¿es necesario intervenir la economía para salir adelante y hacer frente al ciclo de crisis? En el interés de responder esa pregunta pueden plantearse un sinnúmero de respuestas: por un lado, los economistas de Cambridge abogan por una no intervención de los mercados, evocando el principio del *laissez faire* o “dejar hacer”, a través del cual se asume que los mercados y la economía son capaces de regularse por sí solos; por otro lado, en contraposición, surge un argumento keynesiano, basado en el Estado como agente estimulador de la economía con herramientas como la política monetaria y la política fiscal, que de esta manera logra guiar al sistema económico capitalista en los ciclos de ascenso y descenso que este modelo contiene²³.

La crisis del 29 dejó como lección la importancia de asumir al Estado como un organismo regulador y estimulador de la economía. Como se mostró anteriormente, la expansión del crédito, presionada por un

22 Hobsbawm, E. Historia del siglo XX, Crítica, Barcelona, 2007, p.103.

23 Vallejo, Jorge. Sobre Keynes y su tiempo. Cuadernos de Economía 10, p. 63.





mercado sin control, generó la especulación en los precios, que a su vez, creó una burbuja que al explotar desata la crisis. Pese a ello, pareciera que las lecciones de la crisis se han olvidado a lo largo de estos 80 años y, muchos de los vicios y antecedentes del crack del 29 se han repetido en la crisis actual. Algunos de estos hechos fueron la política de bajas tasas de interés propuesta por la Reserva Federal entre 2001 y 2003 para reactivar la economía después de la crisis de las empresas de internet en 2001 y los atentados terroristas del 11 de septiembre. Al igual que en la década de los veinte, la disminución de las tasas de interés motivó a las personas a obtener créditos de forma masiva, desatando una inflación crediticia y produciendo arriesgadas inversiones que con otras tasas en el mercado, hubiesen sido inviables; además, debido a una legislación inmobiliaria favorable, una parte importante de las inversiones se centraron en el sector de la construcción, lo que llevaría a que un bien de primera mano como la vivienda resultara como uno de los más afectados.

Las bajas tasas de interés y las aparentes facilidades de crédito, mezcladas con las intenciones de ganancias a corto plazo del sector financiero en el mercado inmobiliario, llevaron a que millones de estadounidenses, con precarias capacidades de pago accedieran a créditos de alto riesgo (*Subprime*)

que años atrás hubieran sido rechazados por cualquier banco. Así, el panorama para adquirir vivienda propia parecía inmejorable y, además, se convertía en un bien que tendía a subir de precio, mostrándose de esta manera como la mejor inversión posible. Pero el auge de la vivienda también creó una especulación con su precio, generando una burbuja especulativa y su posterior explosión con una caída vertiginosa en los inflados costos de las residencias. Entonces, muchos de los créditos hipotecarios superaban e incluso doblaban los deprimidos valores de las viviendas generando la crisis hipotecaria del 2006. La lección del 29 no se había aprendido y nuevamente la expansión del crédito, la especulación y la aparición de burbujas y su posterior explosión ponían en aprietos la dinámica de un capitalismo con regulaciones deficientes.

De esta manera, en el año 2007 la crisis de los *subprime* ya se había trasladado a la bolsa de valores con caídas cercanas al 40% en los índices bursátiles de construcción de vivienda y, las bien conocidas aseguradoras de riesgos como *Freddie Mac*, *Fannie Mae*, *Bear Sterns* y *AIG*, tenían que desembolsar los montos correspondientes a los seguros, pero sin tener el dinero suficiente, fueron las primeras en quebrar, pero también las primeras en ser rescatadas durante el año 2008. Rápidamente el pánico y la desconfianza in-



versionista se propagaron por el globalizado e interconectado sistema financiero en cuestión de meses (en la crisis de 1929 el periodo de propagación fue de más de 3 años) y, como en todas las crisis capitalistas, esta no fue exclusiva del sector financiero y repercutió rápidamente sobre el sector real.

Coincidentalmente ambas crisis han estado presididas por periodos de gobiernos

republicanos, amigos del mercado con poca regulación, en el caso de 1929 por Herbert Hoover y en la reciente crisis por George W. Bush. La experiencia de la crisis del 29 mostró la necesidad de que los gobiernos abandonen prácticas que se sustenten en doctrinas que promuevan obsesivamente la desregulación de los mercados²⁴ la reciente crisis ratifica esta afirmación.

✕



24 Ferrari, Cesar. Tiempos de Incertidumbre. Causas y consecuencias de la crisis mundial. En: Revista Económica institucional, Vol. 10 No. 19, 2008, p. 56.